



La guerra de la leche tiene pintas de convertirse en algo así como un Vietnam nacional: estalla, acuden los mediadores, parece que se llega a un acuerdo, se reducen las hostilidades, las culpas zigzaguean cual pelotas de tenis lanzadas de los unos a los otros, nadie está contento con las soluciones que se apuntan, sigue la guerra soterradamente, se vuelven a hacer «desesperados esfuerzos por la paz», comisiones



que deambulan de acá para allá, que como no te estés quietecito no negocio, que quien se tiene que estar quietecito eres tú... O sea, como en Vietnam, pero sin premios Nobel.

Los ganaderos dicen: «Al precio que han subido los plenos, producir un litro de leche nos cuesta doce pesetas y no nos la toman a más de nueve y pico». Las centrales lecheras dicen: «Tomamos la leche al precio establecido por la Administración». La Administración dice: «Hay que contener los precios». Porque las amas de casa dicen: «Todo está carísimo». Y los ganaderos: «Pues tendremos que matar las vacas, o que nos dé dinero el Gobierno». Y el Gobierno: «Se está estudiando la manera de ayudarles, pero no sean tan escandalosos, caramba». Y, a todo esto, los ganaderos franceses creo que están rezando al dios de la guerra para que siga el conflicto, lo que les



permite vender en España 700.000 litros diarios. Y no me extrañaría que, a este paso, ya pensasen en construir un lecheducto cruzando los Pirineos.

Estoy asombrado de la cordialidad de nuestros futboleros nacionales. Pierden los partidos de competición, pero cuando son amistosos no se les escapa ni uno. Cuando se haga balance de los años de Kubala, será asombroso comprobar que la selección sólo perdió dos partidos y por 1-0, pero siempre la eliminaron de las competi-

ciones a las primeras de cambio. ¿Puede lograrse una inutilidad más brillante y victoriosa? Yo creo que no.

Tanta ola de sexualidad y tanta gaita y cuando se hacen públicas las frías estadísticas, resulta que, proporcionalmente cada año se celebran más matrimonios en España y cada año nacen menos niños; lo que podría interpretarse, salvo píldoras de por medio, como todo lo contrario: ola de castidad y menos gaitas.

¿Que pasará con los médicos y con los hospitales, que andan estos días tan desazonados distribuyendo su tiempo entre servicios de urgencia, asambleas, paros, encierros y solidaridades? A ver si se arreglan sus problemas, hombre, que si no va a llegar un día en que los enfermos en vez de recetas, vamos a recibir un escrito de reivindicaciones, que maldito el bien que pueden proporcionarle a nuestra dolencia.

Cuando no subió el pan, sino que se autorizó la venta de piezas de menos peso a precios iguales, un



servidor se temía que las piezas llamadas «obligatorias» no iban a ser encontradas ni por coleccionistas. Bien, pues a ver quién es la guapa que compra el pan al mismo precio que antes de no subirlo. Y conste que lo que más me irrita no es el precio del pan, sino que sigan considerándonos tontos a los españolitos.

El jefe provincial de Sanidad de Madrid ha dicho que no es suficiente la ventilación del Metro madrileño. Si por las calles la polución ya es grave, en el «tubo» de transporte parece que, por su humedad, vamos un día a tener que respirar por branquias, como los peces. Y lo curioso es que, de momento, no habrá más ventilación, porque cuesta unos doscientos millones de pesetas y nadie parece estar decidido a facilitarlos. Morirse, pienso yo, siempre es más barato, ¿no?

Comprendo que los aviones tomen tierra y despeguen sin necesidad de calzoncillos, pero que un súbdito alemán corra como un loco —y a lo mejor lo era— por las pistas del aeropuerto de Barajas en el más crudo

despelote, ya es más extraño. El hombre fue perseguido por un coche del aeropuerto, capturado y puesto bajo pública manta. Para que luego digan que hay que ir a Perpiñán para ver ciertas cosas.

España va a enviar a Rusia medio millón de hectolitros de vino. Ya ha salido un barco de Cádiz con vino y coñac para los rusos, que, por lo visto, también se organizan



sus juerguecitas. Los comunistas, por lo visto, también son bebunistas.

Serrat vuelve a Televisión Española. Por lo menos, eso dicen en Barcelona. Serrat, el discoloro cantante que se ganó el veto de TVE desde su follón con el «La, la, la» famoso de Eurovisión, está preparando una grabación en Miramar. A lo mejor resulta que es cierto eso que dicen del aperturismo de abril. Definitivamente, van a terminar haciéndose famosas las primaveras en España.

Quizá para recordarnos que en España aún existen gentes con mentalidad de los tiempos de Maricastaña, en las paredes y la puerta de una sinagoga madrileña pintaron una madrugada de éstas varios letreros, entre ellos uno que decía: «¡Viva la Inquisición!». Ni más ni menos. Y de verdad que no es un chiste.



El director de la Escuela de Maestría Industrial de La Felguera ordenó utilizar redecillas a los estudiantes de largas melenas. Siete estudiantes parece que se colocaron las tales redecillas, según el director, de «modo indebido y con mofa» y el director les expulsó. Los alumnos respondieron con un paro. En fin, problemas de pelo, tan viejos como Sansón. ¿Pero qué comunidad nacional puede presumir de que en su seno no hay pequeñas diferencias de opinión? (Si fuese un discurso, aquí estarían programados aplausos.)

